

## **DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Levítico 13, 1-2.44-46): *El sacerdote lo declarará impuro.*

**Salmo** (31, 1b-2.5.11): *«Tú eres mi refugio»*

**2ª lectura** (1ª Corintios 10, 31-11, 1): *Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.*

**Evangelio** (Marcos 1, 40-45): *Si quieres puedes curarme.*

*Cuando las personas salimos a este mundo nuestro por nacimiento, por traslado de nuestros padres, por emigración propia o por opción personal, aparecemos en unos espacios y en unos grupos que tienen unas determinadas maneras de relacionarse y una normativa, decidida por personas que vivieron antes que nosotros, que se va adaptando según las circunstancias y la lectura que hacemos de las mismas, en comunidad, para hacer lo que más conviene.*

*Si las relaciones son impuestas y las normativas solo forman parte de códigos escritos, pero no se interiorizan por las personas que formamos los colectivos, se quedan en letra muerta. Conviene, por eso, que cada uno de nosotros, a la hora de relacionarnos y en la manera de tratarnos, las vayamos haciendo normas fundamentales.*

*No hay que desaprovechar las oportunidades que la vida te brinda cuando convives con personas y grupos que se lo toman en serio y promueven el crecimiento personal y grupal con el ejercicio de las capacidades de cada cual para el bien del colectivo y para el de todas aquellas personas cercanas a tu vida.*

*Es una verdadera suerte encontrarse con personas en quien depositar tu confianza; alguien responsable y suficientemente maduro que no solo encauce tu acción, sino que también te haga crecer como persona en un proyecto de vida más humano y solidario.*

***Yo he tenido esa suerte y doy gracias por ello.***

La época por la que estamos pasando no se caracteriza por el saber aprender a vivir con alegría, por acercarnos a las personas que desprenden felicidad. Todo parece sometido a las normas impuestas por los poderosos que dominan el mercado bursátil, los medios de comunicación, la prensa rosa, los preceptos canónicos o la moral imperante.

Nos fijamos más en la gente que destaca por su situación económica, su prestigio social o su posición a escala laboral, técnica, científica, política, incluso eclesiástica. Así resulta complicado acercarse a los impuros, a los quebrantadores de normas sociales o religiosas, a los políticamente incorrectos, a los desarraigados y a los desheredados de la fortuna por estar parados, por no ser productivos y generar más gastos que ingresos.

Nos vamos acostumbrando a ver en las aceras, a las puertas de los supermercados, en los cajeros, en muchos sitios de las ciudades, personas con poca pinta de mendigos clásicos, algunos ni siquiera hablan, llevan un cartón explicativo de su situación y son pocos los que nos paramos a mantener una conversación con ellos. Son “objetos” añadidos a la calle, ya forman parte del paisaje urbano como las farolas, las aceras, los semáforos o los escaparates.

El leproso del evangelio ha sido expulsado de la vida social para que no contagie a las personas. Hasta hace no demasiados años se creía que la lepra era enfermedad contagiosa. Actualmente a los “contagiados” se les aísla también y se les convierte en objeto del escaparate de los medios de comunicación. Las personas que hablan con ellos, que hacen que sean tenidos como personas, que comparten su dolor y sus sentimientos, son los que les acercan a la vida y los sacan fuera de su aislamiento. Eso es lo que hace Jesús con las personas marginadas de su tiempo; se acerca a ellas para devolverle su dignidad de personas como las demás y atenderles en sus necesidades concretas.

Algunas de esas personas experimentan algo más. Se dan cuenta, por una parte, de que su situación y la enfermedad no es un castigo enviado por Dios; pues Jesús nos habla del Dios Padre y Madre que se ocupa de todos sus hijos. Por otro lado, tampoco han tenido que hacer nada especial para obtener la sanación no solo física; también es volver a encontrarse entre la gente como una persona digna y con sus derechos y obligaciones, como los demás. Esta es la experiencia de gratuidad por parte de Dios que nos constituye a todos como hermanos.

Cuando las personas somos capaces de dedicar tiempo para vivir esta experiencia de gratuidad en las personas que se acercan a nuestra vida, sin interés mezquino por medio, y nos proporcionan el montón de cosas que nos llegan sin necesidad de pedir las, tenemos muchos motivos para celebrar la vida con otros.

Y, si los creyentes acudiésemos a la Eucaristía para experimentar esa sanación honda de nuestras pequeñas y grandes inquietudes de llegar a hacer más actividades, de nuestro afán por poseer cada vez más cosas innecesarias y de ser más importante, más protagonista en la vida, que el resto de nuestros hermanos, llegaríamos a ser conscientes de lo que Teresa de Ávila experimentó: *«Solo Dios basta»*. La celebración sería otra cosa, sería bastante diferente.